

## LOS LADRONES DE ENTREVIENTOS



LOS LADRONES  
DE  
ENTREVIENTOS

Cristian Perfumo

Perfumo, Cristian

Los ladrones de Entrevientos / Cristian Perfumo. - 1a ed . -  
Puerto Deseado : Gata Pelusa, 2020.

453 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-26978-5-3

1. Novela. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.  
CDD A863

**Esta novela es una obra de ficción. Los hechos y personajes  
que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor.**

Edición: Trini Segundo Yagüe

Diseño de portada: The Cover Collection

**[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)**

© Cristian Perfumo, 2020

Primera edición: febrero de 2020

*A mi hermana Mariana.  
Te admiro profundamente.*



*«Yo, que, como dije, había llegado muchas veces a la muerte, allí supe de las minas de oro. El oro es excelentísimo, quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al Paraíso.»*

Cristóbal Colón





## PRÓLOGO

*No estaba en el plan, pensó Minerva.*

No estaba en el plan que este tipo terminara sentado a sus pies con una bolsa de tela en la cabeza, ni que ella tuviera que apoyarle una nueve milímetros en la frente y contar hacia atrás en voz alta.

—Veinte. Diecinueve. Dieciocho...

Dentro del guante de látex, la mano con la que empuñaba la pistola se le estaba empapando de sudor. Respiró hondo. Para tranquilizarse, volvió a recordar lo que le había dicho Pezzano quince años atrás.

*Todo el mundo tiene mucha suerte al menos dos veces en la vida. No te preocupes, te queda una más.*

En el caso de Minerva, el primer golpe de suerte fue salvarse de que la cosieran a balazos en una sala de billares de Buenos Aires cuando tenía veintiún años. El segundo iba a ser ahora. Estaba decidida a llevarse cinco mil kilos de oro y plata de una de las minas más remotas del mundo.

Decidió ignorar la voz dentro de su cabeza que le insistía en que la suerte no funciona así. No somos nosotros quienes decidimos cuándo llega y cuándo se va de nuestras vidas.

Levantó la mirada para observar a sus compañeros. Seguían con el plan, ignorando cuánto habían cambiado las cosas.

—De verdad, escuchame —le dijo el encapuchado a sus pies.

Ella cerró los ojos. No le quedaba otra opción que

romper la regla de un atraco sin sangre. Su propia regla. Se iba a tener que tragar el discursito que le había dado al resto de la banda cuando el robo no era más que una idea lejana y un montón de mapas frente a una chimenea.

—Se te acaba el tiempo —le dijo al rehén, y siguió contando—. Catorce. Trece...

—¿Por qué me hacés esto? Soy un trabajador. Nunca le hice mal a nadie.

La frase la impactó como un rayo. *Hijo de mil putas*, pensó. Y la mano izquierda se le cerró en un acto reflejo.

**PARTE I:**

*El Génesis*



## CAPÍTULO 1

### *Buenos Aires. Un año y cuatro meses antes.*

Mientras bailaba el tango *Tiempos viejos* abrazada a un señor de ochenta años, Noelia pensó que era una lástima que se tuviera que ir tan pronto. Esa noche la milonga estaba exactamente como a ella le gustaba. Ni llena de gente, que no te podés mover, ni casi vacía, porque entonces te faltan compañeros y tenés que repetir. Y eso, si te toca el tipo equivocado, puede malinterpretarse.

Después del último acorde, se despidió del señor con un gesto amable y caminó hacia la barra. Por nada del mundo volvería a vivir en Buenos Aires, pero qué lindo era poder bailar tango todas las noches.

Pidió la última cerveza. Si quería llegar más o menos presentable al curso del día siguiente, lo más sensato era irse pronto.

Se giró hacia la pista y bebió el primer trago con los ojos cerrados, disfrutando el líquido frío bajándole por la garganta. Aunque afuera los primeros días de otoño ya obligaban a abrigarse, en las milongas siempre terminabas con calor.

Cuando volvió a abrirlos, le pareció verlo. Bailaba con una señora muy elegante que movía con precisión sus piernas largas enfundadas en medias de red. ¿Era realmente él? ¿Había vuelto a la Argentina? Difícil. Quizás la oscuridad del salón le estaba jugando una mala pasada. Después de todo, el mundo del tango estaba lleno de se sentones de ojeras marcadas y escaso pelo gris engomado hacia atrás.

Siguió con la mirada los pasos de la pareja en la

pista. Después de un rebote elegante, la señora se lució con un ocho cortado y él le dijo un par de palabras al oído, sonriendo. Entonces Noelia ya no tuvo dudas. Esa sonrisa era única.

Mario Pezzano estaba en Buenos Aires.

La mirada de la señora, sumida en el trance del tango, apuntaba a un lugar indefinido. Como la de un ciego, con los ojos desconectados del cuerpo. La de él, por el contrario, iba saltando como una mosca inquieta. De la puerta de entrada al vestido ceñido de una bailarina joven. Del muchacho encargado de poner la música a la salida de emergencia.

*Normal, pensó Noelia. Un tipo como él no puede permitirse bajar la guardia. O quizás ya sí, pero le queda la deformación profesional.*

Cuando Goyeneche dejó de cantar *Sur*, Pezzano se despidió de su compañera con un gesto cortés y miró directamente a Noelia. La saludó inclinando la cabeza, como si se hubieran visto ayer, y enfiló hacia ella.

—¿Cómo puede ser que estés más linda que hace quince años? —le dijo, acodándose en la barra.

—Qué exagerado que sos, Mario —respondió ella y lo abrazó con fuerza—. ¿Cómo voy a estar más linda ahora que cuando tenía veintiuno?

—En serio te lo digo, Minerva.

Al oír su apodo, Noelia sintió que el cuerpo se le tensaba. Hacía más de una década que nadie la llamaba así.

—Primero, es imposible que esté más linda. Y, segundo, no pasaron quince años.

—¿No? Desde finales de 2005...

—Catorce, casi.

—¿Vivís en Buenos Aires?

—Ni loca. Hace años que volví a la Patagonia. Estoy acá por unos días, haciendo un curso —dijo ella, mirando el reloj.

Pezzano hizo una mueca burlona mientras se pedía un whisky.

—Se te fue todo el acento. Antes se te escapaba una

gallegada de vez en cuando.

—Catalanada —corrigió ella.

—Eso.

—Cuando me conociste hacía ocho años que había llegado de Barcelona. Ahora ya llevo en Argentina más de la mitad de mi vida. Soy más tango que sardana, Mario. —Dijo esta última frase impostando un acento tan porteño que pronunció *targo* en vez de tango, como lo hacía Gardel en sus canciones.

—Y el curso ese, ¿de qué es?

—Seguridad informática en ambientes remotos. Me mandó la empresa para la que trabajo.

El barman puso el vaso ancho de whisky sobre la barra.

—«La empresa para la que trabajo» —repitió Pezzano tras un trago—. Te imaginaba haciendo otra cosa.

—Ahora soy una ciudadana con todas las letras. Hasta pago impuestos.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Desde el día que nos vimos por última vez.

Pezzano alzó las cejas.

—¿Y vos, Mario? ¿En qué andás?

—Últimamente, navego. ¿Te acordás del Maese?

—Claro. Cómo olvidar las fiestas que organizabas en ese velero.

—Sigue siendo mi mejor amigo. A principios de 2006 pateé el tablero y me fui a navegar por el mundo. Anduve por el Caribe, crucé a Europa...

—A principios de 2006 —repitió Noelia, pidiendo otra cerveza.

—Sí.

No hacía falta ser una genia para atar cabos. En enero de ese año, una banda de ladrones había saqueado casi ciento cincuenta cajas de seguridad del Banco Río en la localidad de Acassuso. Se llevaron entre ocho y sesenta millones de dólares, dependiendo de a quién le preguntaras. Todos los miembros de la banda habían sido capturados y juzgados menos uno, del que nunca se supo la identi-

dad ni el paradero.

—¿O sea que es verdad lo que dicen? —preguntó Noelia.

—Puede ser.

El atraco había sido tan espectacular e ingenioso que la prensa lo denominó *El robo del siglo*. Noelia había leído que pronto harían una película.

—¿Y no te da miedo volver a la Argentina? La causa todavía no prescribió, ¿o sí?

—No, pero ya salió el juicio y todos cumplieron la condena. Al último lo largaron hace tres años —respondió Pezzano y levantó el vaso de whisky—. Por el reencuentro, Minerva.

—Por el reencuentro —repitió Noelia, alzando su cerveza.

—¿De qué es la empresa en la que trabajás?

—Es una mina de oro y plata —dijo, señalando la pulsera de color dorado pálido que llevaba en la muñeca izquierda.

Pezzano soltó una carcajada. Ella intentó permanecer seria, pero también se le terminó escapando una sonrisa.

—¿Vos en una mina de oro? ¿Quién fue el inconsciente que te contrató?

—Ya te dije, soy una persona distinta a la que conociste. Después de lo que pasó, me asusté mucho.

—Supongo, porque fue como si te hubiera tragado la tierra.

—Volví a estudiar, terminé la carrera y empecé a trabajar.

—Qué lástima.

—Por lo que veo, vos seguís siempre en la misma.

—Yo nací torcido y me voy a morir torcido.

—¿No te alcanzó con lo que te llevaste del Banco Río? —susurró Noelia—. La cifra que más sonaba en las noticias era veinte millones de dólares. Entre siete tipos, eso da a tres palos cada uno.

Pezzano se encogió de hombros, divertido.



—No te creas todo lo que dicen las noticias.

Noelia negó con la cabeza y le dio un trago a su cerveza.

—¿Vos sabés lo aburrido que es navegar solo? Al principio, no. Los primeros años está buenísimo: las mejores playas, mujeres muy interesantes, te hacés amigo de mochileros franceses. Pero después de dar dos veces la vuelta al mundo, llega un momento en que querés acción. Y yo no sé hacer otra cosa.

A Noelia le interesaban más los viajes de Pezzano que su nostalgia por la profesión, así que le preguntó por los lugares que había visitado. Él le contó que había atracado el Maese en más de ochenta países y encadenó anécdotas dignas de escribir en un libro durante más de media hora. Después, cambió de tema sin anestesia.

—No te voy a hacer ninguna pregunta porque no corresponde —le dijo—, pero si, hipotéticamente, tuvieras información interesante sobre esta mina de oro, yo conozco gente dispuesta a pagar muy bien.

Noelia soltó una carcajada y miró el reloj.

—*Collons*, me tengo que ir, Mario. Mañana madrugo.

—¡Ahí está la gallegada! Ahora sí te creo que sos la misma.

—Catalanada.

Pezzano le pidió un bolígrafo al barman y garabateó algo en una servilleta.

—Tomá. Escribime, Minerva. No quiero que vuelva a pasar tanto tiempo sin vernos.

—Dale —dijo ella, guardándose el papel.

Fue a abrazarlo para despedirse, pero él se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—No pensarás irte sin bailar un tango con un viejo amigo, ¿no? —le dijo, ofreciéndole la mano.

Y Noelia la agarró. Como la había agarrado hacía catorce años, cuando la llamaban Minerva, y él se la había tendido para salvarle la vida.

## CAPÍTULO 2

### *Buenos Aires. Catorce años antes de la milonga.*

La primera transacción en el mundo real a Minerva casi le cuesta la vida.

A los pocos meses de mudarse de Rawson a Buenos Aires para empezar la universidad, había conocido a Qwerty. Y él le abrió la puerta a un mundo donde lo más importante eran los agujeros de seguridad, las contraseñas y los datos confidenciales.

Hasta hacía cinco días, su corta carrera criminal se había limitado a robar información por internet para luego venderla. Pero eso había cambiado cuando a Qwerty, el único miembro de *Hackers\_Portenarios* al que ella conocía en persona, le plantearon un negocio de carne y hueso.

Al principio, Qwerty no había querido saber nada. El tipo que les ofrecía el trabajo era Mario Pezzano, un ladrón de la vieja escuela al que Minerva conocía desde hacía un año. A los ojos de ella, Pezzano era un profesional y una leyenda. Quizás por eso le insistió a Qwerty. Por eso y porque era joven y se quería comer el mundo.

Cinco días después, Minerva golpeaba la puerta de una sala de billares en Avenida de Mayo cargando una mochila en los hombros. A su lado, Qwerty llevaba otra idéntica.

Les abrió un tipo pálido como el marfil de las bolas blancas y entraron a un salón enorme, con al menos cuarenta mesas de billar, pool y snooker. Eran las cuatro de la mañana. Según le había dicho Qwerty, el lugar cerraba a las tres. Verlo así, desierto, salvo por una mesa en el centro donde cuatro hombres jugaban una partida, a Minerva le

hizo presentir que algo no iría bien. Quizás era la sensación contradictoria que producía un lugar prácticamente vacío en el que todavía se olía el humo de miles de cigarrillos.

El hombre que les había abierto la puerta se metió detrás de la barra y se puso a secar vasos. Minerva siguió a Qwerty entre las mesas, en dirección a los jugadores. Uno de ellos era Mario Pezzano. A los otros tres, no los había visto nunca.

El más joven se llevó la mano a la espalda baja y sacó una pistola. No les apuntó, pero a Minerva se le aceleró el corazón. Ni ella ni Qwerty habían traído armas. ¿Qué iban a traer? ¿Un *mouse*? ¿Un teclado?

—Disculpen el recelo de Federico —les dijo Pezzano, mirándolos con sus ojos siempre enmarcados en ojeras violáceas. La voz gruesa reverberaba en el salón vacío. Después hizo un ademán y el que había sacado la pistola volvió a guardarla. Minerva balbuceó que no había ningún problema.

Era la octava o novena vez que lo veía. A través de Qwerty, Pezzano la había invitado a varias fiestas en su particular casa: un velero con el casco pintado de verde dólar atracado en la zona humilde de Tigre. Durante la primera de esas fiestas, habían tenido una conversación a solas, ambos hamacando una copa de vino con los pies en la regala y la mirada en el agua negra del río Luján. Todavía le daba vergüenza recordar ese momento. Estaba tan nerviosa que hasta tartamudeó un par de veces. Así como algunos se quedaban paralizados frente a un famoso, a ella no le habían salido las palabras cuando estuvo mano a mano con el tipo que más bancos había robado en la historia de la Argentina.

—Si existiera la Universidad del Atraco, él sería el rector —le había dicho Qwerty antes de presentárselo.

Pezzano anunció a sus compañeros que continuarían la partida más tarde. Se acercó a Qwerty y le dio un abrazo lento y cálido, como el que le da un tío a un sobrino. Después se giró hacia ella, le sonrió y le dio un

beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, Minerva?

—Bien, gracias.

—¿Algún problema? —preguntó, desviando la mirada hacia las mochilas que ella y Qwerty traían a las espaldas.

—Ninguno —respondió ella, descolgándose la suya.

Puso la mochila sobre el billar contigo. Abrió el cierre, sacó un fajo del tamaño de un ladrillo y lo tiró sobre el paño verde. Eran doscientas cincuenta tarjetas de crédito.

\*\*\*

Pezzano sintió ganas de darle un sermón a esa pibita. Si un tipo de su edad hubiera maltratado así a una de las mejores mesas de billar de Buenos Aires, no habría podido hacer la vista gorda. Pero, ¿quién podía culpar a la chica? ¿Qué tendría, veinte años? ¿Veinticinco, como mucho? Seguramente estaba muerta de miedo y quería demostrar confianza. A su edad, él también había recurrido a trucos así.

Recogió el atado y examinó las tarjetas. Cada una tenía un nombre y un número diferentes debajo del logo del Banco del Plata. Soltó un suspiro silencioso, nostálgico. *Cómo cambian los tiempos*, pensó. Le vino a la cabeza un tango.

Él estaba acostumbrado a que, después de un robo, la banda se repartiera billetes o joyas. Este trabajo era una especie de experimento. Diversificar, que le llamaban los libros sobre inversión que leía.

Hasta hacía poco, Pezzano solamente conocía dos formas de robar un banco. Una, durante el horario de atención, en el que se podía entrar por la puerta y la bóveda estaba abierta. El problema era que en ese horario había empleados entrenados para apretar el botón escondido debajo del escritorio y en diez minutos tenías a la policía afuera. La otra era hacerlo cuando no había nadie, preferiblemente un viernes a la tarde, pero entonces tenías que pensar muy bien en cómo atravesar los veinte centímetros

de acero y hormigón de la puerta blindada.

Unos meses atrás, Federico había planteado una tercera alternativa que prometía lo mejor de ambos mundos: podrían entrar de madrugada y salir con el botín sin tener que violar ninguna cámara acorazada. Se activarían los sensores de movimiento en las oficinas, sí, pero con diez minutos les sobraba para llevarse lo que iban a buscar. Iban a robar un banco sin tocar un solo billete.

Las gracias había que dárselas a un gerente de sucursal obsesivo, que había dado orden a sus empleados de registrar en una hoja de cálculos los datos de cada tarjeta emitida. Como consecuencia, esa información, que sólo debería existir en el centro de cómputos de Visa, estaba también en el servidor polvoriento de un banco de barrio.

No les hizo falta lanza térmica ni explosivo plástico. Bastó un destornillador para cambiar el disco del servidor por uno sin datos. Después rayaron un poco la puerta blindada de la bóveda y destrozaron la sala de cómputos para que la policía concluyera que, al no poder acceder al dinero, los ladrones habían descargado su ira rompiendo lo que encontraron a mano.

Para sorpresa de Pezzano, esa parte había funcionado. Lo siguiente era transformar el disco en guita. Y entonces resultó que el hijo de otro ladrón de bancos que había trabajado con él, y había terminado con tres tiros en el pecho, era medio hacker. Qwerty, le decían.

—Son ocho mil veintidós tarjetas —dijo su amiga Minerva—. A cinco dólares por tarjeta, redondeamos en cuarenta mil.

Pezzano sabía que, en promedio, cada uno de esos rectángulitos de plástico tenía un crédito de quinientos dólares. Quinientos por ocho mil eran cuatro millones. Pero de la teoría a la práctica había un buen trecho. Era imposible gastar el máximo de todas las tarjetas antes de que el banco detectara la anomalía.

Por suerte, no tenía que pensar en nada de eso. Su trabajo estaba casi hecho. Ahora sólo faltaba revenderle el

lote de tarjetas a un contacto en San Telmo por veinte dólares cada una. Ciento veinte mil de ganancia limpia por pocos días de trabajo. Repartido entre cuatro, no estaba mal. Y si el intermediario lograba hacer una millonada, como les solía pasar con las joyas y cuadros, todos contentos.

Que sea otro quien gane el último dólar. Otra gran frase de los gurús de la inversión.

Extendió la mano hacia atrás y oyó el crujido de la bolsa de papel que le alcanzó Federico. Se la entregó a la chica.

—Gracias —dijo ella—. Si no te molesta, lo voy a contar.

Su voz era firme aunque algo acelerada por los nervios. Se tomó un segundo para observarla. La encontraba preciosa. No sexualmente —a sus cuarenta y nueve años, era uno de los pocos hombres de su entorno que prefería mujeres de su edad—. La veía bella como un padre ve a su hija. Al fin y al cabo, podría ser su hija.

—Por supuesto —le dijo—. Pero antes dejame que te dé un consejo. Nunca más apoyes nada que no sea una bola de baquelita sobre una mesa de billar.

La chica miró la mochila gastada sobre el paño verde e hizo un ademán de retirarla. Pero, antes de que pudiera tocarla, en las paredes del salón retumbó un impacto seco.

—¡Policía! Todo el mundo con las manos arriba —gritaron desde la puerta. La acababan de tirar abajo.

\*\*\*

Minerva sintió que las piernas se le convertían en gelatina al ver que cinco agentes de la Federal le apuntaban con sus armas.

Dejó la bolsa de papel con los cuarenta mil dólares sobre el billar y levantó las manos. Por el rabillo del ojo notó que Qwerty hacía lo mismo.

El sonido del primer disparo le llegó desde atrás. Al

girarse, vio al tal Federico con la pistola en alto. El casquillo rodó por el paño verde, entre las bolas.

Entonces el tiempo se volvió más lento. Sonó otro disparo, esta vez del lado contrario, y un pequeño volcán de sangre explotó en el pecho de Federico. Minerva se tiró al piso, y en el segundo que tardó en llegar abajo oyó varias detonaciones más. De un bando y del otro.

Qwerty y ella tocaron el suelo al mismo tiempo, aunque de manera muy distinta. Su amigo no amortiguó la caída con los brazos, sino que su cabeza golpeó las baldosas con un sonido macizo. Quedó mirando hacia ella con un hilo de sangre brotándole del balazo que le acababan de dar en la frente.

La desesperación le apretó tanto el pecho que sintió que le costaba respirar. ¿Cómo había pasado de robar contraseñas en un cibercafé a esto?

—Tomá —oyó que Pezzano le gritaba a su izquierda.

El hombre apoyó en las baldosas una pistola idéntica a la que tenía en la otra mano. Seguramente, la de Federico. Empujó el arma, haciendo que se deslizara entre las colillas aplastadas hasta chocar contra la rodilla de Minerva. Ella se apartó como quien descubre una víbora.

Miró a Pezzano y negó con la cabeza. Una cosa era robarle a una multinacional y otra muy diferente, disparar contra la policía. Volvió a empujar la pistola hacia él y reptó bajo los billares. Notó que Pezzano retrocedía a la par de ella, disparando para defenderse mientras la con tienda se desplazaba salón adentro.

Llegaron a la pared del fondo, llena de repisas con tacos de billar. *¿Y ahora qué?*, se preguntó mirando hacia ambos lados. Uno de los tacos estalló en una lluvia de astillas sobre su cabeza.

—Vení —le gritó Pezzano.

Se dirigía a una puerta de madera con un cartel de «Privado» por la que se acababan de meter sus dos compañeros. Pezzano los siguió, y antes de desaparecer por el quicio, le hizo señas para que ella hiciera lo mismo.

Pero Minerva estaba en el otro extremo de la pared.

Si se levantaba y corría, terminaría como un colador.

Lo mejor era aceptar las consecuencias.

—Me entrego —dijo y levantó las manos.

—¡No, no! —escuchó que le gritaba Pezzano desde adentro del cuarto.

Ignorándolo, asomó la cabeza por encima de una mesa de snooker. Entonces vio el cañón de un revólver, tres mesas más allá.

Y el fogonazo.

Oyó, casi al mismo tiempo, la explosión de la pólvora y el zumbido de quince gramos de plomo pasando a mil kilómetros por hora junto a su oído izquierdo. Después, calor en la entrepierna. Se le había escapado un poco de orina. ¿Por qué le disparaban si se estaba entregando?

Lo entendió un segundo antes de que Pezzano se lo gritara desde el cuartito.

—¡No son policías!

La cara ojerosa apareció de nuevo por la puerta, a veinte centímetros del suelo, donde quedaba protegida por otra gran mesa de snooker.

Pezzano le enseñó el pulgar hacia arriba. Luego levantó también el índice, y entonces Minerva se dio cuenta de que estaba contando. El problema era que no tenía ni idea de qué hacer cuando...

El ladrón de bancos alzó el tercer dedo y se levantó, vaciando el cargador en dirección al salón.

—Vení ya —le gritó entre los disparos.

Minerva gateó a toda velocidad hacia la puerta, con las balas estallando en la pared apenas unos centímetros por encima de ella. Fueron los diez metros más largos de su vida.

Finalmente, traspuso el umbral. Se encontró en un depósito atiborrado de tacos rotos, cajas con bolas viejas y cajones de cerveza con envases vacíos.

Pezzano giró la llave y dos barrotes de acero se empotraron en el marco. *¿Este cuartito polvoriento tiene una puerta antivandálica?*, pensó ella.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo —le dijo, aleján-



dola de la puerta, que ya recibía los primeros balazos.

—¿Dónde están los otros dos? —preguntó Minerva.

Pezzano apuntó con el índice hacia arriba y le tiró del brazo, llevándola hacia una escalera vertical oculta tras una estantería. Al subirla, Minerva entendió el porqué de la puerta reforzada.

Emergieron en una especie de entresuelo de apenas dos metros de altura en el que había un escritorio, un sofá y una caja fuerte. No tenía puertas ni ventanas, pero sí una nueva escalera que se perdía en un agujero en el techo.

Subieron. Daba a un cuartito diminuto con una puerta abierta por la que entraba el aire fresco de la madrugada.

Salieron a una terraza que, por algún capricho de la normativa de edificación, había quedado rodeada de cuatro edificios. Tres de los lados eran paredes ciegas que se alzaban varios pisos por encima de ellos. La cuarta no llegaba a los tres metros de altura.

—La policía usa pistolas, no revólveres —le dijo Pezzano mientras escalaba una canaleta de chapa apoyando los pies en las abrazaderas que la sujetaban a la pared.

—No me digas.

Minerva intentó seguirlo, pero apenas levantó ambos pies del suelo para trepar a la canaleta, volvió a caer. Miró hacia arriba. Pezzano había desaparecido de su rango de visión. Si no subía, estaba muerta.

Lo intentó una vez más, pero sólo logró clavarse un tornillo oxidado en la pantorrilla. Escuchó ruidos a sus espaldas. Los tipos estaban a punto de salir por la puerta.

Entonces Pezzano asomó medio cuerpo para tenderle la mano más salvadora que le habían ofrecido nunca. Ella la aferró con fuerza y empujó con los pies contra el cemento hasta encaramarse a la pared.

Ahora estaban sobre un nuevo techo. Corrieron a toda velocidad por la membrana asfáltica, flanqueados por las paredes mohosas de los edificios vecinos, hasta llegar a la fachada. Estaban encima de un estacionamiento de dos pisos sobre la calle Hipólito Yrigoyen. Los compañeros de

Pezzano ya corrían por el asfalto hacia la esquina con Piedras.

—Tenemos que bajar —le dijo Pezzano.

—Hay como ocho metros hasta el suelo.

—Tenemos que bajar —repitió, y empezó a descolgarse por las celosías de una ventana del estacionamiento.

Minerva hizo lo mismo hasta que ambos estuvieron con las puntas de los pies sobre un saliente de mampostería encima del portón principal.

—Intentá amortiguar la caída con las piernas —dijo el ladrón antes de soltarse.

Minerva lo vio aterrizar con un par de vueltas sobre las baldosas antes de incorporarse.

—Dale —le gritó desde abajo.

Pero ella no lograba juntar el coraje.

—Dale, por favor.

Ya oía los gritos por encima de su cabeza.

Cerró los ojos, contó hasta tres y se soltó. No tuvo tiempo a intentar amortiguarse con nada. Pasó de estar en el aire a oír un *crack* seco en el tobillo derecho.

—Me parece que me rompí un hueso —gruñó.

—Eso no importa ahora —respondió Pezzano ayudándola a ponerse de pie y tirando de su mano para hacerla correr.

Cada paso era como si le clavaran mil espinas.

A llegar a la 9 de Julio, todavía agarrados de la mano, no había rastro de los otros dos. Se subieron a un taxi.

—¿Por qué me ayudás? —le preguntó ella cuando dejaron atrás el peligro.

—Porque alguna vez alguien me ayudó a mí.

—Tuvimos mucha suerte.

—Todo el mundo tiene mucha suerte al menos dos veces en la vida —le respondió el ladrón, dándole unas palmaditas en el dorso de la mano—. No te preocupes, te queda una más.

Mientras el taxi cruzaba Buenos Aires por la avenida más ancha del mundo, Minerva cerró los ojos por un instante. Vio a Qwerty en el suelo, con un agujero en la frente.

Cuando volvió a abrirlos, ya había tomado una decisión. En cuanto se bajara de aquel coche, su aventura de hacker se habría acabado. Terminaría la universidad y conseguiría un trabajo normal.

Aquella madrugada, todavía aferrada a la mano del ladrón de bancos que acababa de salvarle la vida, se prometió despegarse por completo del mundo criminal.

Tardó catorce años en romper esa promesa.

## CAPÍTULO 3

### *Trelew, Chubut, Argentina. Once meses después de la milonga.*

Noelia Viader se recostó un poco sobre el respaldo del sofá. Llevaba una hora repasando documentos y planos en la computadora que balanceaba sobre las piernas cruzadas. También llevaba tres copas de vino.

Se sirvió un poco más e hizo clic en un icono con forma de cebolla. En la pantalla apareció la ventana violeta de Tor, el navegador de internet más privado del mundo.

Nadie sabía quién estaba del otro lado de una conexión Tor. Ningún proveedor de internet, ni Google, ni siquiera la CIA podían rastrearla. La *dark web* es el callejón más sucio de internet y Tor, la única puerta de entrada.

En la barra de navegación, Noelia escribió la dirección de una página web que no visitaba desde hacía catorce años, cuando jugaba a ser hacker y estuvo a punto de terminar con una bala en la cabeza. Como Qwerty.

Sintió un nudo en la garganta, como siempre que recordaba a su amigo. Si ella no hubiera insistido en hacer el trabajo de las tarjetas de crédito, Qwerty estaría vivo. Tomó otro sorbo de vino y pulsó *enter*.

La página a la que entró era un servicio de email encriptado que había nacido para hackers y luego se había extendido a gente preocupada por su higiene digital a la que la mayoría tildaría de paranoicos. Gente como ella.

Pagó con Bitcoin los diez dólares que costaba abrir una cuenta irrastreable. Después tecleó la dirección que Pezzano le había dado la noche de la milonga y escribió un

mensaje de una sola línea.

«¿Tenés un teléfono seguro al que llamarte? Saludos. Minerva.»

Vació la cuarta copa de un trago, apartó la computadora de su regazo y se extendió en el sofá. Inconscientemente, los dedos de la mano derecha juguetearon con la pulsera en la muñeca izquierda. Se la había vuelto a poner ese día tras meses sin usarla y le molestaba.

Vaya si le molestaba.

La respuesta de Pezzano tardó apenas quince minutos en llegar y fue igual de escueta. Un número de teléfono seguido de dos palabras.

«Llamame ahora.»

Se sirvió lo último que quedaba de la botella de malbec y marcó el número desde un viejo Nokia que había comprado dos días atrás en un negocio de segunda mano. Tomó otro trago. El vino le pasaba por la garganta como agua. Hacía años que no tomaba tanto alcohol.

*No estoy en las mejores condiciones para hacer esta llamada, pensó.*

Sin embargo, pulsó el botón verde sin miedo ni dudas. En todo caso, la sensación fue de ligereza. De alivio. Llevaba mucho tiempo planeando lo que estaba por hacer y no tenía nada que perder.

Sacudió la cabeza para espantar los recuerdos que empezaban a apelotonársele en la mente. Un dolor punzante la recorrió de sien a sien como si alguien hubiera golpeado un gong dentro de su cráneo.

*Estoy borracha y tengo resaca al mismo tiempo. Me estoy haciendo vieja, la puta madre.*

—Vamos mejorando —dijo la voz gruesa de Pezzano del otro lado de la línea—. Esta vez sólo pasó un año, no quince.

—¿Dónde estás?

—Bajando por la costa de Brasil, en un pueblito muy cerca de Uruguay. Mañana o pasado llega a Punta del Este.

—¿Te acordás de lo que te conté en la milonga sobre mi trabajo?

—Cómo olvidarlo.

—Tengo toda la información para desvalijar la mina.

—Me gusta. Decime qué tenés y veo cuánto puedo conseguirte.

—No pienso vendérsela a nadie, Mario. Quiero que la robemos juntos.

—¿Quiénes?

—Nosotros. Vos, yo y por lo menos tres más.

Pezzano soltó una carcajada.

—¿Qué te pasó? ¿Volviste al lado oscuro?

—Cuando uno nace torcido...

—Te dije que esos tipos eran unos inconscientes. ¿Cómo se les ocurre contratarte? Ellos mandando a su empleadita a hacer cursos a Buenos Aires y la empleadita ahora los quiere desplumar.

—*Ex* empleadita.

—Upa. ¿Venganza?

Noelia no contestó. Tenía la mirada fija en la pulsera, una cadena dorada que unía las figuras de un puma y un guanaco. Ambos animales tenían las patas extendidas hacia adelante y hacia atrás, como si el puma estuviera corriendo al guanaco. Cazándolo.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Pezzano.

—Entre doce y quince millones de dólares, valor de mercado. Estimo que, como mínimo, le podemos sacar un sesenta por ciento limpio.

Noelia oyó de nuevo la risa al otro lado de la línea.

—¿De verdad me estás proponiendo un trabajo?

Vació en la garganta el último trago de vino. Tenía la lengua y los dientes ásperos.

—Más que proponiendo, te estoy invitando. Yo voy, con vos o sin vos.

—Minerva, te voy a hacer una pregunta y necesito que me contestes la verdad.

—*Okey*.

—¿Puede ser que estés un poquito mamada?

—Puede ser.

—O sea que me llamás en pedo, no me contás qué te hizo cambiar de opinión y encima pretendés que te tome en serio.

—Pretendo que escuches el plan, nada más. Si no te gusta, seguís con tus aventuras de Jacques Cousteau. Hablamos mañana a la misma hora.

Le cortó sin esperar respuesta. Después cerró los ojos y se llenó los pulmones de aire. Todo a su alrededor daba vueltas. Tragó saliva varias veces. Cuando volvió a abrirlos, se dio cuenta de que tenía dos dedos metidos entre la pulsera y la muñeca.

Resistió el impulso de arrancársela. A los enemigos convenía tenerlos cerca.

## CAPÍTULO 4

### *Trelew, Chubut, Argentina. Doce días después de la llamada telefónica a Pezzano.*

El diablo está en los detalles, dicen en inglés. Y qué razón tienen los yanquis, pensó Noelia. Porque la primera vez que había mirado ese plano, no le había parecido tan difícil. Entrar, abrir la bóveda —preferentemente por las buenas— y salir en menos de las dos horas que tarda la policía en llegar a una de las minas de oro más remotas del mundo.

—¿Cinco mil kilos? ¿Cómo vamos a hacer para irnos de ahí con cinco mil kilos? —le preguntó Pezzano, señalando el mapa.

Habían llegado hacía media hora a la pequeña casa que los padres de Noelia le habían dejado en Trelew cuando se volvieron a Barcelona. Ella había ido a buscar a Pezzano al puerto de Rawson y habían hecho los veintiún kilómetros de vuelta charlando de los viejos tiempos, de la vida en el mar y de cualquier cosa menos el plan.

—Cinco mil kilos no son tanto —matizó—. Además, es un volumen manejable. El doré es diez veces más pesado que el agua.

—¿El doré?

—Así se llama a la aleación de oro y plata que produce la mina. Cada lingote pesa sesenta kilos.

—¡Sesenta kilos! —exclamó Pezzano, abriendo los brazos.

—No son tan grandes. Cada uno es, más o menos, como tres botellas de litro y medio una detrás de la otra.

—Me los imaginaba mucho más chicos. Como una



tableta de chocolate gruesa.

—Así son los de oro puro que se guardan en los bancos. Pero los de Entrevientos son industriales. Si fueran más chicos, harían el trabajo más lento. Y si fueran más grandes, serían muy difíciles de maniobrar. Sesenta kilos es el punto intermedio ideal.

—Eso es más que una bolsa de cemento. Yo nunca en mi vida logré levantar una —dijo Pezzano.

—No creo que lo hayas intentado muchas veces.

—¿Me vas a contar el plan o no, Minerva?

Noelia sonrió.

—¿Qué? —preguntó él.

—Hace muchos años que nadie me llama así.

—No te conozco ningún otro nombre.

—Mejor. Minerva está bien, me gusta haberlo recuperado. Y sí, te voy a contar el plan, pero antes quiero hacerte una pregunta.

—Dejame adivinar. Querés saber por qué navegué mil quinientos kilómetros para venir a verte en vez de atracar el Maese en Punta del Este y tomar mojitos.

—Exacto.

—¿Alguna teoría?

—La única que se me ocurre es que se te esté acabando tu parte de lo del Banco Río.

La carcajada de Pezzano resonó en el comedor de Noelia.

—Frío. Muy frío. ¿Nunca oíste hablar de la regla del cuatro por ciento?

Ella negó.

—Hasta un gilastrún como yo te la puede explicar. Invertís en acciones y bonos de todo el mundo, que tienen una rentabilidad promedio en dólares del siete por ciento anual. Menos el tres por ciento, que es una estimación al alza de la inflación en Estados Unidos, te queda un cuatro por ciento. Si sólo gastás esa cantidad, nunca perdés capital.

—No te tenía así de organizado.

—¿Un ladrón de bancos no puede ser previsor? ¿Te

pensás que cuando comprás la primera pistola firmás un contrato comprometiéndote a gastarte todo en joda?

—No quise insinuar eso. Sólo me resulta extraño que, siendo tan ordenado con el dinero y teniendo la vida resuelta, te interese un nuevo robo.

Los cálculos de Noelia eran simples. Si era verdad que cada ladrón del Banco Río se había llevado tres millones de dólares, el cuatro por ciento eran ciento veinte mil dólares. O sea, Pezzano ganaba diez mil por mes sin mover un dedo.

—Ya te lo dije el día de la milonga. Tener la vida resuelta está genial durante un tiempo. Después es insostenible.

—O sea que estás acá por aburrimiento.

Pezzano le mostró una sonrisa amarga y se señaló así mismo.

—Estoy acá porque me hago viejo.

—¿Estás enfermo?

—Tengo la salud de un toro.

—¿Entonces?

Pezzano fijó la mirada en un punto indefinido de la pared.

—A veces estoy en el Maese, solo en el medio del mar, y pienso en qué pasaría si me tiro al agua. ¿Y sabés lo que me imagino? Que no me pasa nada. No me ahogo, no me come un tiburón, no me rescatan en helicóptero, nada. Como si el mundo se hubiera olvidado de que existo. ¿Entendés por qué necesito algo así? —preguntó, señalando el mapa de la mina.

Noelia asintió. Últimamente ella también flotaba en un mar de indiferencia.

—Pero no pienses que me lo voy a tomar a la ligera —añadió el ladrón—. Aunque a veces me vengan esos bajos, sé que tengo una vida privilegiada. Si voy a arriesgar mi libertad, tu plan tiene que ser inmejorable. Si no, no me meto ni loco. Así que, desembuchando.

Y Noelia desembuchó durante media hora. O, mejor dicho, fue Minerva quien lo hizo.

## **PARTE II:**

### *El plan*

**¿TE ESTÁ GUSTANDO**  
***LOS LADRONES DE ENTREVIENTOS?***

¿Qué tal vas, querido lector? Espero que la historia te esté gustando. Si es así y tenés ganas de continuar leyéndola, en este enlace están todas las formas de conseguir el libro, tanto en formato papel como en digital:

[www.cristianperfumo.com/entrevientos](http://www.cristianperfumo.com/entrevientos)

Si tenés cualquier duda, no dudes en escribirme un correo a [cristian@cristianperfumo.com](mailto:cristian@cristianperfumo.com)

¡Un abrazo y feliz lectura!

Cristian

## SOBRE EL AUTOR

Cristian Perfumo, radicado en Barcelona tras vivir mucho tiempo en Australia, escribe novelas de misterio y suspenso ambientadas en la Patagonia, donde se crió.

La primera, *El secreto sumergido* (2011), está inspirada en una historia real y lleva ya seis ediciones, con miles de copias vendidas en todo el mundo. En 2014 publicó *Dónde enterré a Fabiana Orquera*, que agotó varias ediciones en papel y en julio de 2015 se convirtió en el séptimo libro más vendido de Amazon en España y el décimo en México. *Cazador de farsantes* (2015), su tercera novela con frío y viento, también agotó su primera tirada. *El coleccionista de flechas* (2017), su cuarto thriller ambientado en la Patagonia, ganó el Premio Literario de Amazon, al que se presentaron más de 1800 obras de autores de 39 países. *Rescate gris* (2018), su último thriller antes de la publicación de *Los ladrones de Entrevientos*, fue finalista del Premio Clarín de Novela 2018, uno de los galardones literarios más importantes de Latinoamérica.

Los libros de Cristian han sido traducidos al inglés y al francés, editados en sistema Braille y publicados en formato audiolibro.



**Más novelas de Cristian Perfumo**

## **EL COLECCIONISTA DE FLECHAS**

La calma de una pequeña localidad patagónica se rompe cuando uno de sus vecinos aparece muerto con signos de tortura en su sofá.

Para la criminóloga Laura Badía, este es el caso de su vida: además de la brutalidad del asesinato, de la casa de la víctima han desaparecido trece puntas de flecha talladas hace miles de años por el pueblo tehuelche y cuyo valor es incalculable.

Con la ayuda de un arqueólogo venido de Buenos Aires, Laura se embarcará en la resolución de un misterio que no solo la llevará al glaciar Perito Moreno y a los enclaves más remotos de la Patagonia, sino también a recorrer el lado más oscuro de la mente humana, un lugar donde las mentiras y la codicia se esconden en cada recodo del camino.



**Ganadora del Premio Literario Amazon 2017**

**[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)**

## RESCATE GRIS

Puerto Deseado, Patagonia Argentina, 1991. Raúl necesita dos trabajos para llegar a fin de mes. Cuando apaga el despertador para ir al primero de ellos, sabe que algo va mal. Su pequeño pueblo ha amanecido cubierto por la ceniza de un volcán y Graciela, su mujer, no está en casa.

Todo parece indicar que Graciela se ha ido por voluntad propia... hasta que llega la llamada de los secuestradores. Las instrucciones son claras: si quiere volver a verla, tiene que devolver el millón y medio de dólares que robó.

El problema es que Raúl no robó nada.

No te pierdas este thriller psicológico ambientado en una de las épocas más convulsas e inolvidables de la historia de la Patagonia: los días de la erupción del volcán Hudson.



**Finalista del Premio Clarín de Novela 2018**

**[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)**



# DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

**Verano de 1983:** En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, uno de los candidatos a intendente de Puerto Deseado despierta en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar unos días sin tener que esconderse de los ojos del pueblo. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

**Hoy:** Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino plantea una serie de enigmas que prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. Entusiasmado, Nahuel comienza a descifrar las pistas pero pronto descubre que, incluso después de treinta años, hay quienes prefieren que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

**¿Qué pasó con Fabiana Orquera?**



[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)

## EL SECRETO SUMERGIDO

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



**Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares vendidos en todo el mundo!**

**[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)**

## CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.



[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)